

## MANIFIESTO 25N IES BENEJÚZAR – 2023

«Silencio», termina diciendo Bernarda Alba, el personaje de Lorca, a sus hijas encerradas en casa, condenadas por el simple hecho de ser mujeres. Víctimas de una sociedad opresiva, sometidas a una violencia ejercida a través de la sumisión.

«Podemos permanecer eternamente mudas en un rincón mientras nuestras hermanas y nosotras mismas nos consumimos, mientras se deforma y destruye a nuestros hijos e hijas, mientras se envenena nuestra tierra: podemos quedarnos en nuestro rincón, mudas como muebles, y no por ello sentiremos menos miedo». Afirma la poeta estadounidense Audre Lorde. Ella ya había advertido de la mudez, de la imposibilidad de alzar la voz cuando afirmó: «El silencio no me protegió, tu silencio no te protegerá».

El silencio es pensado, sentido y concebido como un espacio en el que la víctima evita mostrar su sufrimiento. De este modo no se expone ante la sociedad y durante mucho tiempo ha sido el escudo que se percibe como protección, de hecho, lo sigue siendo.

El silencio vive al amparo del miedo y la vergüenza. El miedo es paralizante, se desliza como un sentimiento oscuro que impide hablar, contar y expresar, tiene la capacidad de acumular y acumular en el interior. Pero la voz no se acalla solo por miedo, también por vergüenza, nadie quiere ser la víctima a la que se señala con el dedo, a la que se juzga y se pone en entredicho, a pesar de estar viviendo un duelo, un proceso doloroso, la gestión de la pérdida de identidad. La vergüenza y el miedo pueden hacerte dudar de cada paso. Señalar a la mujer maltratada, focalizar en ella en lugar de acompañar es un hecho que deberíamos replantearnos como sociedad.

Da igual que se haga referencia a un espacio cercano, que se cruce el Atlántico o se alcancen las antípodas, cuando se habla de la violencia ejercida contra las mujeres se alude a una realidad global. ¿Cómo si no se explica que las citas que abren este manifiesto/texto tengan espacios tan distantes como España y Estados Unidos? Y que más de 40 años las separen, y lo que es más llamativo, que sigan tan vigentes como cuando se enunciaron.

La Literatura puede ser un espejo donde mirarse, un espacio donde asomarse, del mismo modo que lo es el cine. Dos artes capaces de mostrar, de reflejar realidades cotidianas, la capacidad de la denuncia a través de la narración. Personajes en un lugar y tiempo determinados, y unos hechos que lamentablemente se repiten y se alargan a través de los años, a lo largo de los siglos.

Ayudan a conocer situaciones que, al verlas desde fuera, quizás nos hagan reflexionar sobre violencias que en principio no habían sido percibidas como tal. Cuando se ejerce la violencia no es solo a través de una paliza, un golpe, una agresión... Cuando se insulta, se atemoriza, se ningunea, se ridiculiza, se humilla hay violencia. También cuando no se responden mensajes a través del móvil o se ignora para hacerle el vacío a alguien que en realidad es la víctima de la relación.

La crudeza a través de la ficción, pero a diferencia de lo imaginado, de la fantasía, sabemos que esto es real. Y esa dualidad ficción-realidad planta ante nuestros ojos, de forma cruel y clara o de manera sutil, la violencia ejercida contra las mujeres.

Esta visibilidad, tan necesaria, encierra un concepto clave: prevención. Además de la empatía y de la sensibilización, como sociedad debemos apostar por educar para prevenir. Avanzar para crear un espacio seguro, libre de violencias, para las que están, para las que vendrán y por las que estuvieron.